

los vacíos y las fragilidades de esta y de toda teología, al lado de sus grandezas, pero lo que pudiera dar la impresión de una apología del autor a estudio, se realiza sobre una gran verdad. La mayor parte de las críticas que recibe la teología de Balthasar, se realizan a un aspecto, una afirmación, una perspectiva de su teología..., habitualmente al margen de la totalidad. Al hacerlo, el fragmento pierde la referencia del todo, y puede convertirse en algo que no era. En palabras de Polanco «una lectura parcial de su obra, ha dificultado una mejor comprensión de su pensamiento y, sobre todo, ha ensombrecido los matices y la amplitud que ofrece su teología» (p. 227).

Lo que Polanco nos ofrece con esta obra es la posibilidad de asomarnos a esa totalidad, de entender la estructura general donde han de ir situándose las diversas afirmaciones, los distintos temas abordados, las nuevas propuestas... No se trata de una obra crítica sobre la teología de Balthasar, pero sí de una obra que permitirá al lector adentrarse en el pensamiento de este teólogo, con una visión de conjunto suficiente, para que tanto la atracción percibida, como la crítica pensada, puedan ser adecuadamente situadas. Lo que hará posible que estas últimas no se conviertan en muros que impidan la conexión con una teología y un teólogo que, sin duda, han tenido y tienen mucho que aportar a nuestro momento histórico, a nuestra vida de fe, y al pensamiento teológico contemporáneo.

Sólo queda felicitar al autor y felicitarnos, porque necesitábamos un estudio así, como instrumento de acceso para estudiantes y para todo aquél que esté interesado en asomarse a esta gran *Suma Teológica* del siglo XX. Esta obra viene a llenar un vacío. No contábamos hasta ahora con una visión orgánica, completa, rigurosa de la obra de Balthasar que, además, quiere ser explícitamente una invitación a que el lector entre en contacto directo con los textos del pensador suizo, eso sí, de la mano de esta magnífica guía, que le permitirá dar esos primeros pasos por su teología y ganar en la autonomía necesaria, para beber directamente de la fuente, enfrentándose y gozándose del estilo cautivador de Han Urs von Balthasar.

NURYA MARTÍNEZ-GAYOL FERNÁNDEZ
Universidad Pontificia Comillas
ngayol@comillas.edu

Lubac, Henri de. *Por los caminos de Dios*. Colección 100XUNO, Obras de Henri de Lubac. Madrid: Encuentro, 2022, 318 pp. ISBN: 978-84-1339-099-4.

Hay textos que se convierten en clásicos porque, más allá de su estilo y de las formulaciones elegidas por sus autores, tocan cuestiones perennes del pensamiento, del ser humano, de la vida, y en el caso de la teología, de la fe. No es difícil percibir que, *Por los caminos de Dios*, del jesuita francés Henri de Lubac, es uno de ellos.

Podríamos decir que se trata de un precioso canto a la trascendencia de Dios como la única que puede fundamentar, sostener y colmar la creación en general y el espíritu humano en particular. Aunque Lubac menciona y valora tanto la trascendencia como la inmanencia, toda la obra rezuma un acento mayor en la primera. Y es que, en opinión del teólogo francés, no toda inmanencia está abierta a la verdadera trascendencia, mientras que la verdadera trascendencia siempre incluye y afirma la inmanencia.

La obra comienza con una frase muy querida por el P. de Lubac, *Abyssus abyssum invocat*, que hace referencia al misterio del ser humano que procede del Misterio siempre mayor del Dios que lo ha creado a su imagen. *Abyssus abyssum invocat* es el título de un pequeño texto que funciona como obertura del libro y que anima a profundizar en la razón humana para encontrar su fundamento, para acceder a su fuente.

Después siguen siete capítulos que tratan respectivamente sobre el origen de la idea de Dios, la afirmación de Dios, la prueba de Dios, el conocimiento de Dios, la inefabilidad de Dios, la búsqueda de Dios y la actualidad de Dios. En realidad, son variaciones sobre el mismo tema: Dios está en un nivel superior y previo a nuestros razonamientos filosóficos, y si podemos acceder a él es porque él se nos ha dado primero, nos ha buscado, está presente en nosotros y tiene la iniciativa. Cuando el pensamiento es maduro reconoce a Dios como necesidad ontológica a la que apunta todo lo creado, y entiende que lo que podemos saber sobre Dios es, precisamente, que es inefable.

Lubac comienza por diferenciar claramente entre «origen» y «principio». Así, la idea de Dios no tiene su origen en condiciones o causas segundas, sino en Dios mismo (cap. 1.º: “Sobre el origen de la idea de Dios”). Es una idea única, más allá de todos los sistemas y que por tanto desborda los marcos sociales y mentales. Para el autor esta idea germina espontáneamente en una inteligencia madura.

Si el origen de la idea de Dios es Dios mismo, su afirmación es posible porque ya está ontológicamente presente en nosotros antes de que podamos pensarla racionalmente (cap. 2.º: “Sobre la afirmación de Dios”). De hecho, es esa presencia la que hace posibles las «pruebas» racionales sobre Dios, que vienen en un segundo momento. El jesuita francés también subraya que Dios no es el primer eslabón de la cadena de causas, sino el Absoluto necesario para la razón, para el pensamiento, para toda la creación. En esto se basa, de hecho, la reflexión del autor “Sobre la prueba de Dios” (cap. 3.º): la propia razón y su necesidad de Absoluto es la misma prueba. El devenir no tiene sentido sin trascendencia, sin algo distinto de él. «Algo existe, luego Dios existe», he aquí el resumen condensado de la prueba básica de Dios, aunque a lo largo de la historia del pensamiento se haya ido revistiendo de diversas formas.

En el capítulo siguiente, “Sobre el conocimiento de Dios”, el cardenal de Lubac continúa profundizando en estas ideas y señala que, como Dios está presente en la realidad, el mundo es revelación objetiva suya, mientras que la razón natural es su revelación subjetiva. En todo caso, no podemos conocerlo de manera «clara y distinta», sino como misterio oscuro que es luz, como trascendencia que no es

ausencia sino una presencia que nos rebasa. En este capítulo el autor se asoma también a Dios como un Tú al que entregarnos y al que conocemos por connaturalidad y experiencia espiritual.

El capítulo “Sobre la inefabilidad de Dios” es un corolario evidente de todo lo anterior. Si Dios es trascendente, lo que podemos conocer sobre él es, precisamente, que es inefable. Lubac enfatiza que esto no lo hace ininteligible, sino todo lo contrario: «Cuanto más se penetra en el infinito, mejor se comprende que nos desborda y que nunca lo tendremos en nuestras manos» (p. 173). Para el teólogo francés esto es positivo, porque supone «afirmar siempre a Dios sin jamás permitir detenernos en nada que sea indigno de él» (p. 186). Sólo Dios es digno de la inteligencia, porque, inagotable, es el único que puede colmarla.

A continuación, H. de Lubac compara la búsqueda de Dios del filósofo y la del místico (cap. 6.º: “Sobre la búsqueda de Dios”). Aunque las dos tienen su lugar, el autor parece inclinarse por la segunda, puesto que el místico no busca a Dios como una causa que le haga entender, sino por sí mismo, en sí mismo, dejándose hacer por él. La prueba que los santos dan de Dios es de otro orden diferente al filosófico y su testimonio realmente puede conducir a él. Con todo, aun teniendo una intuición mística de Dios, este siempre permanece como el buscado, porque, aun sin perder nada del camino realizado, se muestra siempre como un exceso de grandeza y belleza, como *Deus semper maior*. Finaliza el capítulo con la convicción de que, en realidad, es siempre Dios el que nos busca primero a nosotros.

Por último, el capítulo séptimo trata “Sobre la actualidad de Dios”. En él Lubac defiende que el ser humano se deshumaniza sin Dios y que, por más que critiquemos su idea, él siempre vuelve, siempre es actual. El autor termina poniendo de nuevo sobre la mesa que, sin una trascendencia presente en la inmanencia, sin un más allá escatológico presente y actuante en el devenir, todo es vano, y que «la humanidad no caminaría ... si no hubiera, presente en el corazón de nuestro mundo y atrayéndolo como un Fin, un Eterno» (p. 269).

H. de Lubac reproduce como colofón un *Himno a Dios* (presuntamente de Gregorio de Nacianzo) que, poéticamente, resume algunas de las intuiciones de la obra. Está seguido de algunas citas de autores diversos, en las que se subraya la trascendencia y la inefabilidad de Dios y donde se apunta a que sólo se conoce a Dios por Cristo.

Por los caminos de Dios es, en realidad, una reelaboración de una obra anterior, titulada *Sobre el conocimiento de Dios*. En el *Epílogo* final, Lubac responde a algunas de las críticas recibidas a raíz de la primera versión y explica que *Por los caminos de Dios* intenta desarrollar y esclarecer algunos aspectos que no quedaron claros en ella.

Cuando se va leyendo el libro y profundizando en la propuesta lubaciana, va creciendo la pregunta por cómo articularía el autor la inefabilidad y trascendencia de Dios con su revelación en Cristo, su propia Palabra dirigida a la humanidad. El propio P. de Lubac reconoce en el *epílogo* que no haber tratado del conocimiento de Dios por Cristo es una laguna innegable, pero que para afrontarla haría falta otro libro. A raíz de esto, el autor precisa que su objetivo fue simplemente «tender

una mano fraterna a algunos hombres que buscan a su Dios» (p. 287) y que se centró en la teología natural para recordar «algunas verdades eternas» (p. 288).

En suma, se trata de un libro necesario a la par que incompleto, precisamente porque su autor no pretendió decirlo todo ni hacer un tratado sistemático (pues, por otra parte, ése no fue nunca su estilo). Quizá su incompletitud sea una de sus riquezas, puesto que genera preguntas y acrecienta el deseo de seguir profundizando.

Esta nueva edición de *Por los caminos de Dios* es el primer volumen de la colección *Obras de Henri de Lubac*, la versión española de la edición crítica de las obras del jesuita francés publicada en Éditions du Cerf desde 1998. Como señala en la presentación de la colección Samuel Sueiro, CMF (coordinador del proyecto y revisor del aparato crítico), «con esta nueva colección, Ediciones Encuentro quiere favorecer al lector hispanohablante el acceso a las obras más significativas del jesuita francés, con la esperanza de poder contribuir a una mayor recepción de sus grandes aportaciones teológicas» (p. vii).

Es de justicia reconocer que esta cuidada edición cumple con creces este objetivo: la traducción se lee muy bien y todas y cada una de las citas (tanto en el cuerpo del texto como a pie de página) han sido traducidas al castellano. Esto supone una ayuda inestimable para el público español, principalmente por dos motivos: en primer lugar, porque el revisor del aparato crítico ha tenido la amabilidad de buscar, cuando existen, las referencias de las obras citadas en español, para que el lector interesado pueda acudir directamente a la edición castellana si está interesado en continuar su estudio (lo que resulta más fácil y asequible que acceder a las versiones consultadas por el propio H. de Lubac, en su mayoría francesas). En segundo lugar, porque el texto lubaciano original incorporaba largas citas en latín que en la anterior edición española no estaban traducidas. Para quienes no tienen un conocimiento suficiente de este idioma, la traducción de estos textos resulta no sólo útil, sino a veces necesaria para no perder los matices de la argumentación que se apoya en esos testimonios patrísticos y medievales.

Como dice el propio Henri de Lubac en *Memoria en torno a mis escritos* y recoge Sueiro en la presentación inicial, la trama que da unidad a la obra lubaciana es «la voluntad de “dar a conocer algunos de los grandes lugares comunes de la tradición católica”, con la pretensión de “presentar su fecundidad siempre actual”» (pp. viii-ix) a través de «una labor de renovación por apropiación, profundización y discernimiento ... buscando en lo temporal el eco de lo eterno» (p. ix). *Por los caminos de Dios* es un claro ejemplo de ello y por este motivo una buena elección para comenzar la colección *Obras de Henri de Lubac* en castellano. Las numerosas citas y referencias que encontramos en esta obra ilustran cuál es la fuente de la que Lubac bebe y donde se nutre, pero cuyo número y variedad no lo dispersan, sino que lo ayudan a discernir la presencia del Dios trascendente en la inmanencia de la historia, buscándonos y llamándonos a un camino en el que siempre somos peregrinos.

MARTA MEDINA BALGUERÍAS

Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Comillas
mmedina@comillas.edu